

Pincel, pintura y paredes: discursos inscritos y borrados en los muros de la Universidad Nacional de Colombia*

Cecilia Arteta Hernández¹

Edna Cerquera Beltrán²

Carlos Luna Castilla³

Universidad Nacional de Colombia

Resumen

Este artículo es un intento por comprender cómo las inscripciones en las paredes de la Universidad Nacional de Colombia (Sede Bogotá) se han constituido en medios alternativos de comunicación. Quienes se expresan a través de inscripciones en las paredes, justifican su acción apelando al cuestionamiento de los monopolios de información, por lo que suponen que las paredes son un medio popular de expresión. El patrón estético que muestra la Universidad como sucia y rayada,

Abstract

This article is an attempt to understand how the graffiti on the walls of the National University of Colombia (Bogotá) has become an alternative media. Those who express themselves through graffiti, justify their actions by questioning the power of information monopolies, assuming that the walls are a popular means of expression. The aesthetic pattern, which presents the university's walls as dirty and scribbled upon, is the result of a "regular whit-

* Brush, paint and wall: discourses inscribed and erased on the walls of the National University of Colombia. El presente es un ensayo de tipo reflexivo y carácter etnográfico. Recibido: Marzo, 2012 - Aprobado: Julio, 2012.

¹ Historiadora de la Universidad del Atlántico. Candidata a Magíster en Historia de la Universidad Nacional de Colombia. Miembro del Grupo de Investigaciones Históricas sobre Educación e Identidad Nacional de la Universidad del Atlántico. Becaria del Programa Jóvenes Investigadores e Innovadores de Colciencias. e-mail: ceciliaartetah@hotmail.com

² Filósofa de la Universidad Nacional de Colombia. Candidata a Magíster en Historia en la misma universidad. e-mail: rossetta31@hotmail.com

³ Historiador de la Universidad de Cartagena. Candidato a Magíster en Historia en la Universidad Nacional de Colombia. Becario del Programa Jóvenes Investigadores e Innovadores de Colciencias. e-mail: carfalun@hotmail.com

es el resultado de un “blanqueamiento regular” que pretende una imagen institucionalizada de universidad. Los modelos de educación, la memoria, el conflicto armado y el tratamiento burlesco del poder, son los temas expuestos a través de diversos usos del lenguaje. Inscribir y borrar crean una visualidad que educa.

Palabras clave: universidad, educación, graffiti, pinta, política.

ening, which tries to show an institutionalized image. Education models, memory, the armed conflict, and the burlesque treatment of power, are the topics exhibited through various uses of language. Writing, painting, and erasing create images that educate.

Keywords: discourse, folk art, education, memory, politics.

I



En las paredes de la Universidad Nacional de Colombia hay una tensión cotidiana entre inscribir y borrar. Los múltiples sectores a los que se atribuyen la variedad de “pintas”, “grafitis”, gráficos, escritos, lugares comunes, etc., y quienes administran la Universidad, se relacionan en un juego que, por su naturaleza política, convierte los muros (blancos o pintados) en un lugar, o mejor, en un lienzo donde se encuadra el conjunto de tensiones de la sociedad colombiana.

No es necesario hacer un sofisticado análisis de los discursos, ni de los actores que allí intentan representarse, para descubrir, percibir y apropiarse los códigos que quieren comunicar a través de diversos usos del lenguaje. Contrario a las imágenes construidas por los medios de comunicación sobre la Universidad y la comunidad de interpretación que la soporta, lo que aparece como rayado, sucio y necesita ser blanqueado, refleja una diversidad de voces, símbolos y escritos reclamantes y cuestionadores, que se justifican, educan y subvierten. La imagen de “universidad pintada” es un patrón estético que pretende identificarla como “sucio”, para encubrir voces críticas de un gremio pensante o círculo intelectual, y ocultar lo que en otras épocas llamarían “práctica ilustrada de la comunicación cultural”. Así, la potencialidad visual que ofrece la imagen de la universidad subvertora, desenfoca la otra imagen de universidad como pauta de la sociedad y queda

como su fiel reflejo. Es decir, termina siendo más determinante la materialidad de la imagen (grafiti, murales, escrituras) que las significaciones.



No existe tal separación entre significación simbólica y materialidad gráfica. Lo inscrito en las paredes de la Universidad Nacional de Colombia va más allá del gesto de pintar en público o a hurtadillas; implica diferentes momentos, diferentes técnicas, diferentes sentimientos. Los actores que pintan y se pintan, los mensajes y la apropiación social de las imágenes contrarían la homogenización impuesta “desde arriba”. Aún entre universitarios, los mensajes que intentan comunicar las inscripciones de las paredes, no llegan de la misma forma, ni al mismo tiempo, mucho menos con los mismos colores. El acto de inscribir y borrar en una universidad es un acto de poder que pretende la conquista de un espacio político. Una actividad que educa y que le disputa el territorio al maestro que inscribe y borra la pizarra, en sus pretensiones de dominio mediante el control del saber y del mito. La universidad es un espacio de sociabilidad política y también una institución.

II

El “estudiante beligerante” justifica lo que escribe y lo que se escribe en las paredes, argumentando que el control de los medios de comunicación por la “burguesía” legitima al pueblo para utilizar cualquier muro como canal válido de expresión de sus opiniones: “Que los muros que esconden a quienes nos oprimen sean el medio por el cual el pueblo pueda expresar aquellas cosas que los medios burgueses no se atreven a mostrar”. Un muro o una pared es un medio que sirve para comunicar casi cualquier cosa, divina o profana, política o apolítica, informativa o desinformativa. La cuestión no es “qué” o “por qué”, sino “cómo” se transmiten “aquellas cosas que los medios burgueses no se atreven a mostrar”, las formas de comunicación en un contexto reconocidamente politizado. Las pintas cuestionan los



monopolios de la comunicación y se constituyen en medios alternativos, que reelaboran o reprochan las acciones de quienes gobiernan el Estado y la universidad. Por eso, el “estudiante beligerante” concibe su actividad como una resistencia a la información dominante. Los pseudónimos confir-

man que la resistencia es anónima. Quien firma como “estudiante beligerante”, por ejemplo, apela al reconocimiento de la beligerancia, tan claro a las guerrillas marxistas, pretendiendo la identificación de los estudiantes con este concepto. En una de sus paredes escribía que: “El pin pon es el arma del/la estudiante que pinta de color las blancas paredes en las que se fusilan los sueños de la gente”.

La pintura es el arma con que se plasman y se visualizan las utopías y distopías de quienes usan la “blanca pared” como lugar de expresión. “Pintaremos hasta el cielo”, “Pinta o muere”, “La pintura es mi arma”, son algunas de las inscripciones que evocan el pensamiento utópico ligado a las posibilidades de una lata de pintura y de un conjunto de ideas en la pared. La distopía se ve reflejada en los reclamos al monopolio de los medios de comunicación. El peor de los escenarios para quien raya los muros es la imposibilidad de comunicar sus ideas por la represión, o porque la formulación de opiniones se encuentra centralizada: “Todo intento de libertad acaba donde empiezan sus cámaras”. Las manifestaciones de pensamiento distópico enfatizan en la necesidad de refutar los medios de comunicación del capital, con manifestaciones de descontento como pintas y grafitis.

Si los medios son del capital, las paredes son del pueblo.

Contra la información del capital, luchar, crear, periodismo popular.

Las paredes están expuestas no sólo a la *intelligentsia* universitaria, sino a un blanqueamiento regular. La universidad siempre busca construir una imagen blanqueada de sí misma para presentarse como institución. Este acto de borrar las paredes con pintura blanca, que no deja de ser político, se constituye en blanqueamiento institucional. Este tipo de blanqueamiento aumenta, en vez de reducir, la regularidad con que aparecen las cosas en las paredes. La pintura blanca renueva los espacios que sirven para comunicar

mensajes, pone en blanco regularmente el lienzo para el artista. Pero también la pintura blanca es un método fútil de censura política que sirve a la supresión de cuestionamientos incómodos. Muchas pintas aparecen justificando su existencia en función de tal blanqueamiento: “La pintura nunca blanqueará nuestras mentes”, “Rechazo a ver las paredes sin color! Represión de la expresión”, “Las paredes no callarán”.

III

Las inscripciones en las paredes suelen ser fórmulas, lugares comunes o rutinas intelectuales que se aprenden o apropian con la visita periódica o casual de un espacio. Con frecuencia, las citas de aforismos, “frases célebres”, o textos de autores reconocidos por la comunidad universitaria, remiten a un carácter fragmentario de



la lectura que permite dar sentido a las cosas y llenar el campo de señales que marcan la personalidad de quien las escribe. Con mucha ironía, y para referirse a esta situación, alguien escribió en una pared, y en forma de cita: “Esclavos de frases célebres (K. Marx)”, dando a entender la saturación de “señales” que dependen de un saber referencial. Con la exposición de pequeños o extensos fragmentos de textos en las paredes lo que buscan es aplicar pequeños bocados de lectura a la vida cotidiana. No pretenden erudición, pero sí la destilación de las cosas en su esencia, para luego tomarlas como objeto de conversación y disputa. Los proverbios, fábulas o frases célebres inscritas en una pared pueden ser rumiadas entre dientes por un individuo silencioso, o gritadas en voz alta por el más contestatario. Lo trascendental es que quien marca una pared con sus señales es un actor central de la cultura política universitaria.

Las universidades colombianas han sido centros nerviosos de la opinión pública. Cualquier tema de coyuntura pasa por los filtros de discusión de los universitarios. En la práctica, y en el discurso, se supone que las universidades son un espacio de discusión y de crítica sustraído de la influencia del Estado. Se diferencian tanto del



gobierno que ejerce el dominio sobre los poderes públicos, como del pueblo que no tiene acceso alguno al debate crítico. En las universidades se escenifican los principios ordenadores de la “esfera pública”: constitución de un público fundado en la comunicación entre personas privadas, establecimiento de igualdad entre participantes, constitución de un espacio de ampliación y exclusión según la apropiación de “bienes y cultura”. En teoría, el tribunal de la opinión pública se ha instaurado y los miembros de la comunidad universitaria fungen de jueces independientes que se invisten de un poder extraordinario que desconoce límites de jurisdicción y cuya fuerza es la evidencia. En el campo universitario, las formas de comunicación propias de la “esfera pública” aparecen mezcladas, transmitiendo una masa de mensajes de naturaleza oral, impresa, gráfica y musical. Así,

las inscripciones en las paredes son también una expresión del debate público.

En los muros cualquier tema es tratado con ironía. La ironía sirve a los afanes de expresar descontento, amor, odio; en fin, sirve a la necesidad de vehicular los sentimientos de quien pinta las paredes. La vasta mayoría de pintas de la Universidad Nacional de Colombia apelan a la ironía como recurso, y es este recurso el que pone de manifiesto que son múltiples voces las que se representan en las paredes: “Si no nos dejan soñar, no los dejaremos dormir”, “Tu felicidad se mide en números, la mía en palomas”, “Piensa lo que quieras, pero ¡piénsalo!”, “¡Sin autonomía, qué agonía!”, “Lascividad en nuestros gritos, amor en nuestros actos”, “¡Peligro! Político en campaña”, “Más vale pájaro en mano, que suda en el año”, “Por qué callar, si nací gritando”, son algunos de los mensajes que contienen ironía. Quien pinta sus ironías no respeta a nada ni a nadie; su licencia es total, y está cobijado por una impunidad absoluta: sus ataques

son más fuertes entre más conocido es el objeto de ironía. La ironía marca una distancia con respecto a las normas, a las convenciones, a las reglas, a la conformidad.

IV

Este es el cuento de una educación sin presupuesto, autoritaria, eurocentrista y de espaldas a su pueblo. La ley 30 de 1992 era para continuarla: un perfecto instrumento. Las matrículas subían, el bienestar se acababa. El pueblo se quedaba fuera de los campus universitarios. Mientras tanto los/las estudiantes no paraban de decir que la universidad estaba siendo progresivamente privatizada. Después de un remezón en la economía mundial, no se sabía qué hacer para seguir acumulando. Entonces las financieras dijeron: "Impulsemos la reforma, que ya Santos está al mando". La gente, confundida, entre ella se preguntaba: "Si la reforma educativa es tan tecnocrática y neoliberal, ¿entonces la ley 30 es lo que debemos reivindicar?" Y otros les contestaban: "Nada de eso... ¡A construir la nueva escuela y una propuesta popular!". En el cuento que parece de nunca acabar, el final lo escribimos todos, el pueblo que se levanta, por un lado, y el Estado que se defiende, por el otro. ¿Cómo quiere usted que termine todo?

En las universidades los estudiantes son educados por sus maestros, pero también ellos educan a través de lo que pintan en las paredes. Las escuelas son claves para la construcción de identidades colectivas y la formación de esa entidad mayor, que es la nación. En los procesos educativos los docentes no siempre son los encargados de transmitir saberes y conocimientos. Es claro que educar no remite sólo al encuentro discursivo entre docentes y alumnos, o a la relación de artefactos culturales. Una simple pluma, una pizarra, o una tiza, sirven para transmitir las figuraciones de un maestro, así como el pincel, las pinturas y el aerosol sirven para recrear las múltiples realidades de los estudiantes.

Existen diferentes tipos de elementos en las escuelas que buscan educar y transmitir saberes y discursos, como lo son los escritos sobre la pared. Elizabeth Jelin, en *Educación y memoria: la escuela elabora el pasado* (2004), plantea que "el espacio escolar es clave para la transmisión de conocimientos específicos, pero también se espera que lo sea para la transmisión de valores y reglas sociales". La escuela es el núcleo donde se difunden identidades colectivas que tienen que ver con la formación de una idea de nación. Justamente, cada inscripción sobre la pared busca cuestionar las nociones de

identidad colectiva y de la educación sobre la que se construyen esas identidades. Desde grupos particulares hasta movimientos estudiantiles (al interior de estos espacios escolares), son frecuentes las expresiones artísticas que abordan cuestiones pedagógicas.



Las inscripciones en las paredes son una forma de enseñanza que hace parte de un currículo no visible. En el campus de la Universidad Nacional de Colombia encontramos alegorías que critican los modelos educativos pretendidos desde los partidos políticos y sus ideologías. Bajo el contexto del controvertido proyecto de reforma a la ley 30, reclamar a través de las paredes se convirtió en un acto elocuente mucho más fuerte y que se sumaba a las multitudinarias movilizaciones. Cada

mensaje expresado y elevado a un mural es la puesta en escena del derecho constitucional que consagra la libertad de expresión, que se articula con las demandas de la academia: “Con autoridad no se educa, se adiestra”, “Educación, si nos la vuelven mercancía, los estudiantes seguiremos en rebeldía”, “Los pueblos que no escuchan a sus estudiantes corren el riesgo de quedarse sin futuro”.

En medio de colores, gotas, rayones, y bajo los imborrables verdines dejados por la humedad y el frío, en las paredes se logran leer reclamaciones a un gobierno que intenta limitar el sistema educativo con reformas. “No a la reforma de la ley 30, lo malo puede empeorar”, “Ministra no quiero tu reforma”, “Ministra vos también la tenés adentro”, son mensajes reiterativos que buscan afectar la visualidad de los estudiantes transeúntes e invadirlos con precisiones, puntos de vista y cuestionamientos. Los escritos sobre los muros de la Universidad Nacional de Colombia son mensajes que reclaman una educación pública con principios de corte liberal, consignas que expresan valores, sentimientos y que ponen en tela de juicio la imagen de la educación como esa herramienta que edifica la nación.



La preocupación por la financiación de la educación, el bienestar universitario, la reivindicación de la autonomía universitaria y la calidad académica son los preceptos ideológicos que caracterizan la mayoría de las cosas expresadas en las paredes. La defensa del carácter público de la educación se lleva a extremos heroicos, a vencer o morir: “Estudiando y luchando”, “Educación para la nación, para el pueblo y su emancipación”. Las líneas discursivas de fondo son un rechazo rotundo a la manera como se trata de estructurar la educación superior. La apropiación de medios de comunicación alternativos por los estudiantes pretende mostrar cierta organización y secuencia comunicativa entre agremiados: “Se parte de la solución o del problema. Decídetes a luchar x la educación con equidad y bienestar”. Quien transita por el campus de la Universidad Nacional de Colombia puede percibir que sus paredes son un campo de disputa entre cada movimiento estudiantil, cada grupo político, entre memorias marginadas.

“Ni amo, ni marido, ni ley 30”, “Pre-párense”, “Yo paro ¿y tú?”, “Vamos al paro indefinido”, son mensajes que, sin mucha originalidad e innovación, muestran la inconformidad frente a problemas de carácter educativo. De igual manera, existen consignas que tienen que ver con cuestiones vinculadas a problemas cuya centralidad es innegable: “En un país colonial, no puede haber Universidad Nacional”, “Si el servicio militar es obligatorio, ¿por qué la educación no?”. En esta relación de arte, lenguaje e historia, el público que convive con estos murales es un público que se educa, pero que a la vez educa. Estudiantes, profesores, trabajadores, militantes y visitantes, construyen una imagen de Universidad que pasa necesariamente por formas de comunicación que no están centralizadas.

V

Las inscripciones hechas en los muros de la Universidad Nacional de Colombia –y en general de las universidades públicas– presentan a este claustro universitario como un espacio en el que confluye todo tipo de ideas. En ellas el pensamiento crítico hace acto de presencia; no sólo se aprende a escribir bien, a citar una diversidad de autores, a resolver ecuaciones, sino también que el trabajo intelectual puede y debe estar al servicio del pueblo. También nos presentan la Universidad Nacional de Colombia como un escenario en el que a diario se entabla un duelo con el conformismo y la mediocridad que intentan radicarse en las mentes y los corazones de los estudiantes, en el que se combaten los fantasmas de la represión del pensamiento y la mercantilización de la educación, que se erigen como sombras amenazantes que hay que exorcizar y alejar a toda costa de este recinto. Por esta razón, no es increíble que en este claustro universitario las inscripciones con contenidos de corte subversivo, reivindicativo y beligerante se distingan por su contenido, pero, sobre todo, por la contundencia del mensaje que se pretende difundir.

Estas inscripciones nos hablan de la Universidad Nacional de Colombia como un campo de batalla en el que se desenvuelve la lucha por una educación de calidad –que no se erija como un instrumento alienador, sino que, por el contrario, fortalezca el pensamiento crítico–, por la defensa de los derechos de los estudiantes y de la universidad pública como el espacio por excelencia en el que se puede fomentar dicho pensamiento. Pero también una lucha por la defensa de estos espacios como escenarios en los que debe surgir la “chispa” que inicie la llamarada revolucionaria, a través de la cual se espera generar transformaciones, tanto en el plano educativo, como en el campo social y en el ámbito político. Una revolución con la que se pretende hacer realidad el sueño de estudiar y de legar a las nuevas generaciones una universidad que sea realmente “del pueblo para el pueblo”, en la que la represión sea cosa del pasado; vivir en un país en el que la libertad de expresión, la democracia y la justicia social esté a la orden del día; una revolución en la que los estudiantes sean los protagonistas de los cambios y las transformaciones desde los cuales se pretenda replantear el destino de la nación colombiana.

Las paredes de la Universidad Nacional reivindican el papel de las calles como un escenario de participación democrática; del tropel como muestra de inconformismo y forma de lucha, de la insurgencia como un mecanismo legítimo a través del cual es posible generar acciones políticas y sociales de envergadura; y sobre todo, de la pared como el canal más impactante a través del cual se puede conmi-

nar a los estudiantes a asumir una postura clara frente a la manera en que debe construirse el futuro de la nación colombiana, y a apropiarse de los anhelos y aspiraciones exhibidos por los diferentes movimientos que pretenden desplegar su actividad beligerante en los predios de este claustro universitario.



En este orden de ideas, es natural que la pared también contribuya a la configuración de un modelo de estudiante que sea acorde con los discursos e intereses de este tipo de grupos. Razón por la cual no es raro encontrar en los muros de la universidad mensajes donde se destaca y se ensalza la figura del estudiante rebelde, revolucionario, crítico, creativo, radical, que defiende sus ideales con la vida, cuando así sea necesario, que se compromete firmemente con las causas sociales y con el pueblo, y que esté dispuesto a emplear las vías de hecho y la violencia para que lo escuchen, para que tengan en cuenta su opinión. Un estudiante que no sólo se limita a adquirir de manera pasiva el conocimiento, sino que, por el contrario, desarrolla un pensamiento propio, asume posturas y lucha por hacer realidad lo que en el momento son simples deseos de vivir en un país digno, soberano, justo y totalmente libre de la dominación directa o indirecta de cualquier potencia. Un estudiante que es capaz de apasionarse por las causas que defiende, que está consciente de su papel transformador, y que, además, se encuentra totalmente dispuesto a interpretarlo y aportar su “granito de arena” en la construcción de un proyecto de nación, en el que los ideales que han impulsado la revolución se hagan realidad.

Este estudiante “ideal”, que se pretende configurar e instituir a través de las paredes de la Universidad Nacional, encaja a la perfección en imaginarios románticos que, en su momento, han rodeado a los grupos insurgentes y a ciertos personajes destacados por su actividad y su militancia en dichas organizaciones. Tales imaginarios son explotados ampliamente por los promotores de este “estudiante revolucionario”, que, con el fin de reforzar la imagen del estudiante que desean moldear, han recurrido a la imagen precisamente de individuos que han ido en contra de las leyes establecidas y de las convenciones sociales, impulsados por un ideal. Personajes como Ernesto el “Che” Guevara, Camilo Torres y Simón Bolívar, figuras que encarnan el prototipo por excelencia del héroe revolucionario:

el personaje inconforme que lucha por transformar, al precio que sea, el orden establecido; y que se destaca por la firmeza de sus convicciones, y sobre todo, por la pasión con la que cada uno asume su papel en el marco de sus respectivas sociedades, rebelándose, alzándose en armas y combatiendo contra un régimen imperante.

En lo que concierne al vínculo que es posible percibir en los muros de la Universidad Nacional entre la figura de Bolívar y los diversos grupos y movimientos que ven en la revolución, en la subversión y en la insurgencia un camino legítimo –y hasta heroico– hacia la transformación política y social perseguida, y todo lo que ésta lleva aparejada, hay que mencionar que las ideas bolivarianas con relación a una patria unida, libre y soberana, han sido adoptadas y enarboladas por dichos grupos, cuyos integrantes se sienten llamados a luchar, con el fin de materializar el “sueño de Bolívar”. Un hombre que se enfrentó de manera exitosa al régimen imperante y combatió aguerridamente por librar al pueblo colombiano de la tiranía ejercida por la Corona española, razón por la cual es visto como un pionero, como un precursor, como un modelo a seguir para todo aquel que se sienta identificado con sus ideales y sus luchas.



Así pues, en el contexto de la Universidad Nacional de Colombia –y en general de las universidades públicas– es normal, no sólo que la figura de Bolívar se erija como un icono poderoso y extremadamente significativo, sino también que el discurso bolivariano, dada su vigencia, sea retomado una y otra vez con el fin de justificar, y de alguna manera legitimar, las luchas adelantadas por los miembros de estas colectividades contra el imperialismo y contra toda acción que ponga en duda la soberanía nacional como, por ejemplo, la intromisión estadounidense en los asuntos internos y en las decisiones tomadas con respecto al rumbo que debe seguir nuestro país.

El “estudiante caído” también se erige como ejemplo a seguir: su memoria y sus luchas merecen ser recordadas. De ahí que en los muros de la Universidad Nacional de Colombia se encuentren inscripciones donde se conmemora su labor y militancia en las

huestes revolucionarias. Así, las paredes de este claustro universitario contribuyen a la difusión de una visión romántica, en la que los estudiantes que han fallecido en medio de alguna manifestación o tropel se elevan a la categoría de “mártires” que han derramado su sangre y sacrificado sus vidas por las causas revolucionarias. El esfuerzo por mantener vivo el recuerdo de estos “soldados revolucionarios” caídos en combate no sólo debe ser visto como una manera de reivindicar la labor de quienes, de una u otra forma, han aportado a la construcción de un proyecto de nación basado en los ideales revolucionarios de unidad, libertad, dignidad, soberanía, justicia e inclusión social, sino que debe ser asumido igualmente como una forma de llamar la atención sobre hechos que el discurso oficial aparentemente se ha empeñado en tergiversar u ocultar, dada la posible responsabilidad que el Estado puede tener en la persecución, desaparición o muerte de personajes que en algún momento cuestionaron el orden establecido.

Es preciso señalar, por otra parte, que dichas inscripciones no hacen referencia únicamente a los estudiantes militantes. Pretenden recalcar, así mismo, el papel desempeñado por figuras que actuaron al margen de la ley, y cuyo legado –desde el punto de vista de los autores de las inscripciones analizadas– continuará vigente, a pesar de su muerte. No es para nada extraño encontrar en las paredes consignas, arengas y alusiones relacionadas con comandantes guerrilleros que ocuparon un lugar destacado dentro de sus respectivas organizaciones. No es difícil hallar tampoco inscripciones donde se apoya de forma directa y contundente las acciones de este tipo de grupos, o en las que se vincule de alguna manera la identidad del estudiante con la del guerrillero, dado que el estudiante y el guerrillero –cada quien desde su propio escenario de acción– son personajes clave en el desarrollo del proyecto revolucionario a través del cual se busca superar las injusticias, la violencia, la opresión y la ignorancia fomentadas, en gran medida, por el régimen de corte capitalista y neoliberal imperante.

